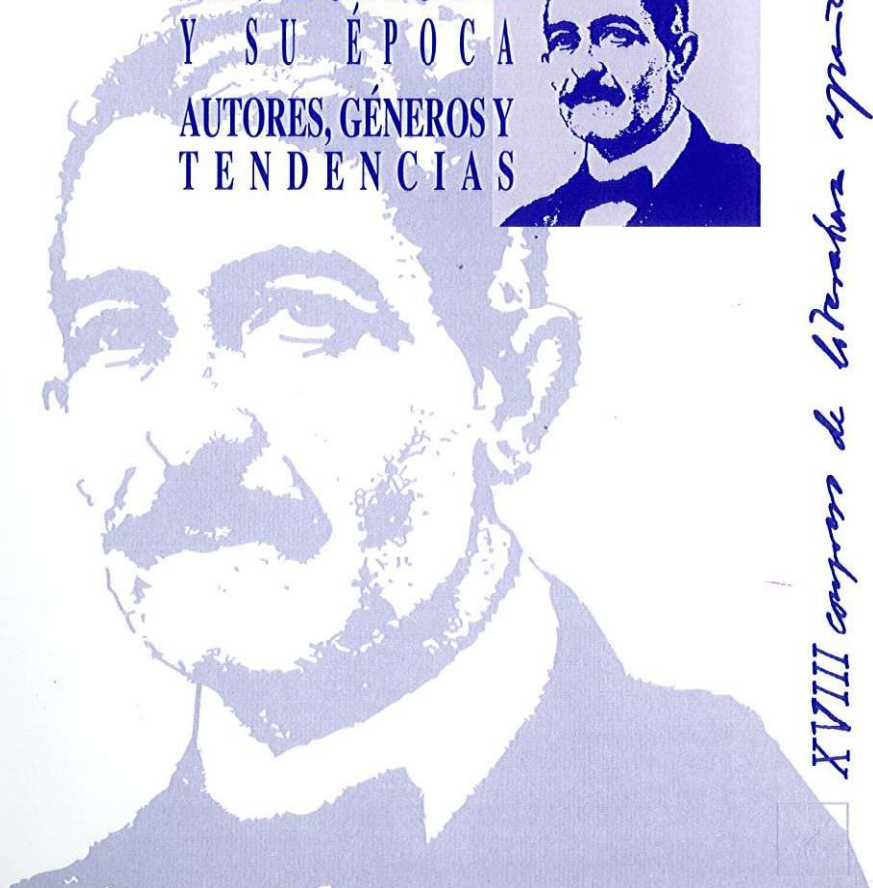
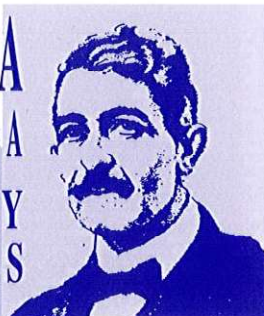


EDICIÓN DIRIGIDA POR SALVADOR MONTESA

**SALVADOR RUEDA**  
Y SU ÉPOCA  
AUTORES, GÉNEROS Y  
TENDENCIAS



*XVIII congreso de literatura española contemporánea*

SALVADOR RUEDA Y SU ÉPOCA  
AUTORES, GÉNEROS, TENDENCIAS

**BIBLIOTECA DEL CONGRESO**  
DE LITERATURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

17



SALVADOR RUEDA Y SU ÉPOCA  
AUTORES, GÉNEROS, TENDENCIAS

*Edición dirigida por Salvador Montesa*

*Han colaborado en la celebración de este congreso y en la edición de las presentes actas la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia, el Centro Andaluz de las Letras de la Junta de Andalucía, el Excelentísimo Ayuntamiento de Macharaviaya y los Vicerrectorados de Investigación, Estudiantes y Servicios a la Comunidad Universitaria de la Universidad de Málaga.*

PUBLICACIONES DEL CONGRESO DE LITERATURA  
ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Actas del XVIII Congreso de Literatura Española Contemporánea.  
Universidad de Málaga, 26, 27, 28, 29 y 30 de noviembre de 2007.  
Ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Salvador Rueda.

Comité organizador del Congreso

Director: Salvador Montesa

Comisión científica: Hipólito Esteban Soler, Elena Garcés Molina, Ana  
Gómez Torres, Antonio A. Gómez Yebra, María Isabel Jiménez Morales,  
José Jiménez Ruiz, Amparo Quiles Faz y María Victoria Utrera Torremocha.

Primera edición: abril 2008

© Congreso de Literatura Española Contemporánea

Edita: AEDILE

ISBN: 978-84-934305-6-6

Depósito legal: MA-

Impresión: Imagraf impresores. Tel. 95 232 85 97

Impreso en España - *Printed in Spain*

## ÍNDICE

### PALABRAS PRELIMINARES

Presentación del Congreso, por <i>Salvador Montesa</i> .....	11
Salvador Rueda, ahora mismo, por <i>Antonio A. Gómez Yebra</i> ..	15

### PONENCIAS

Salvador Rueda, ¿primer modernista? Relaciones literarias finiseculares entre coloristas, raros y escritores perlinos, por <i>Richard A. Cardwell</i> .....	21
El país de los elefantes. Exotismo de la India en España 1856-1915, por <i>Lily Litvak</i> .....	49
Salvador Rueda, Ricardo Gil y el premodernismo en la poesía española. (En el centenario de Ricardo Gil), por <i>Francisco Javier Díez de Revenga</i> .....	71
Salvador Rueda en el decurso de la lírica española (con tres cartas de Rueda a Marinetti en torno al verso libre), por <i>Marta Palenque</i> .....	91
“Mi estética”: la visión poética de Salvador Rueda en 1917, por <i>Amparo Quiles Faz</i> .....	125
Las novelas andaluzas de Salvador Rueda (1889-1892), por <i>María Isabel Jiménez Morales</i> .....	149

Salvador Rueda y el auge de la literatura breve de las primeras décadas del siglo XX: sus colaboraciones en <i>La novela corta</i> , por <i>Amelina Correa Ramón</i> .....	185
Los idilios teatrales de Salvador Rueda (con una apoteosis final), por <i>Gregorio Torres Nebrera</i> .....	213

#### TRES POETAS. VISIÓN DE SALVADOR RUEDA

La gran cadencia, por <i>Pablo García Baena</i> .....	263
Una lectura de Salvador Rueda, por <i>Antonio Jiménez Millán</i> ..	267
Salvador Rueda o la comunión con la naturaleza, por <i>Francisco Ruiz Noguera</i> .....	273

#### COMUNICACIONES

El poeta modernista y el crítico realista: Salvador Rueda ante Clarín, por <i>José Luis Campal Fernández</i> .....	287
Renovación métrica y popularismo en la poética de Salvador Rueda: las formas de seguidilla, por <i>José Cenizo Jiménez</i> ....	303
Salvador Rueda y la poesía de la naturaleza andaluza, por <i>Francisco José Ramos Molina</i> .....	315
El Rueda sensualista en <i>La Cópula</i> , por <i>Antonio Garrido y Sonia Hurtado</i> .....	335
Los relatos de Salvador Rueda: del cuadro de costumbres al cuento literario, por <i>Ana Casas</i> .....	351
Salvador Rueda en las colecciones de literatura breve, por <i>Ana M. Cabello García</i> .....	363
El colorista malagueño Salvador Rueda: <i>Granada y Sevilla. Bajo-relieves a la pluma (1890)</i> , por <i>Ana Rodríguez Fischer</i> .	379
El teatro de Salvador Rueda, por <i>Francisco Linares Alés</i> ....	393
El teatro de Salvador Rueda en su género y en su época, por <i>Elena Garcés Molina</i> .....	421
Origen simbolista del sentimiento de pérdida en la poesía modernista hispanoamericana, por <i>Juan Cristóbal Díaz Beltrán</i> .....	433

LAS NOVELAS ANDALUZAS DE SALVADOR  
RUEDA (1889-1892)\*

*María Isabel Jiménez Morales*  
*Universidad de Málaga*

*A mi maestro Cristóbal Cuevas, con la gratitud  
de toda una vida*

Salvador Rueda es conocido, ante todo, como poeta. Si nos adentramos un poco en su variada producción, sorprende la total ausencia de estudios que aborden otros géneros que no sean su lírica, cuando el autor de Benaque escribió, además, teatro, novela, cuentos, cuadros de costumbres y obras de teoría. Las investigaciones sobre Salvador Rueda siguen siendo escasas y presentan los graves problemas de la dispersión (sobre todo, en lo concerniente a tantas reseñas perdidas en la prensa del XIX); del envejecimiento y de la falta de rigor de muchos estudios, basados en el relato biográfico del malagueño o en el de los argumentos de sus obras<sup>1</sup>. Mi intervención va a centrarse en

---

\* Esta ponencia ha sido posible gracias a los resultados de la investigación realizados bajo el marco del Proyecto I+D HUM2005-01196.

1. En vida del novelista, aparecieron los trabajos de Gabriel Ruiz de Almodóvar, *Salvador Rueda y sus obras*, Madrid, Tip. de M. Ginés Hernández, 1891 y de Augusto Martínez Olmedilla, *Salvador Rueda. Su significación, su vida, sus obras*, Madrid, Gregorio Pueyo, Editor, 1908; sin olvidar las entrevistas y trabajos parciales que siguen: Juan José de Soiza Reilly, *Cien hombres célebres. (Confesiones literarias)*, Barcelona-Buenos Aires, Casa Editorial Maucci, 1909, págs. 41-45; *El*

su novela y, en concreto, en lo que he acotado como primera etapa narrativa del escritor malagueño, que abarcaría sus “novelas andaluzas” publicadas entre 1889 y 1892.

Con estas “novelas andaluzas”, Salvador Rueda se inserta dentro del regionalismo del último tercio del XIX, en la estela de José María de Pereda. Perteneciente al segundo grupo generacional, el de los nacidos después de 1850<sup>2</sup>, cultivó una novela de ideología conservadora, tradicionalista, rural, de costumbres y que prolongaba modelos decimonónicos. Destacó entre los representantes de Andalucía, junto a Arturo Reyes, Narciso Díaz de Escovar, José Nogales o Juan F. Muñoz Pabón<sup>3</sup>. En el siglo XIX, Salvador Rueda publicó tan solo tres novelas:

---

*Caballero Audaz, Lo que sé por mí. (Confesiones del siglo). Serie octava*, Madrid, Mundo Latino, 1922, págs. 91-102 y José León Pagano, *Al través de la España literaria*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, s. a., vol. II, págs. 231-248. Tras su muerte, y de carácter generalista, vid. Manuel Prados y López, *Salvador Rueda, el poeta de la raza. (Su vida y su obra)*, Málaga, Imp. Zambrana, 1941; Diego Vázquez Otero, *Salvador Rueda*, Málaga, s. n., s. a.; Luke Theodor Pappas, *Breve biografía de Salvador Rueda con sus cartas inéditas dirigidas a su primo*, Charleston, The Citadel, 1970; Pedro J. Isado Jiménez, *La obra literaria de Salvador Rueda*, Madrid, 1975, ejemplar mecanografiado. El primer gran estudio sobre la vida y la obra de Salvador Rueda, todavía no superado, es de Cristóbal Cuevas: “Ensayo introductorio” a *Salvador Rueda. Canciones y poemas. Antología concordada de su obra poética*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1986, págs. XIX-CLI. Revisadas las ediciones modernas de sus obras, salvo *Granada*, publicación parcial de *Granada y Sevilla* (Córdoba, Virgilio Márquez, 1989); *El ritmo* (Exeter, University of Exeter Press, 1993; ed. de Marta Palenque) y *El gusano de luz* (Málaga, Arguval, 1997; ed. de María Isabel Jiménez Morales), todas las restantes ediciones son de su lírica, ya sean antologías (destaco las de Rafael Alberti (Buenos Aires, Pleamar, 1944), Federico Carlos Sainz de Robles (Madrid, Aguilar, 1945), Rafael Pérez Estrada (Sevilla, Ediciones Andaluzas Unidas, 1985), Cristóbal Cuevas (Madrid, Fundación Ramón Areces, 1986 y Málaga, Arguval, 1990), Carmen Correa Cubano (Sevilla, Alfar, 1994) o Antonio A. Gómez Yebra (Málaga, Universidad, 2007) u obras concretas, como la póstuma *Claves y símbolos* (Málaga, Caja de Ahorros Provincial, 1957) y *La bacanal* (Valencia, Instituto de Estudios Modernistas, 1997 y 1999), editada por Ricardo Llopesa.

2. Vid. José Manuel González Herrán, “La novela regional en la literatura española del último tercio del siglo XIX”, en Leonardo Romero Tobar (coord.), *Historia de la literatura española. Siglo XIX (II)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, pág. 454.

3. Vid. Ángeles Ezama, “Las tendencias de la narrativa en la última década del siglo”, *ibid.*, págs. 795 y 797.

*El gusano de luz*, *La reja* y *La gitana* y, a lo largo del siglo XX –aludo al conjunto de su producción narrativa para contextualizar el género– dio a la luz *La cópula* en 1906, su novela mejor acogida por el público, como le confesó a *El Caballero Audaz*<sup>4</sup>, y que desató cierta controversia; *El salvaje* (1909), *Donde Cristo dio las tres voces* (1919), *La Virgen María* (1920) y *El secreto de una náyade* (1922), aunque en diversos medios el propio autor anunció otros títulos que nunca publicaría y que inciden en la imagen de un novelista con muchos proyectos, que quería probar fortuna en todos los subgéneros narrativos<sup>5</sup>.

Pero hablar del Rueda novelista, implica revisar toda su producción para establecer, en primer lugar, su canon narrativo, pues tendía a subtítular de forma ambigua muchas de sus obras, mezclando conceptos de los diferentes géneros literarios. Así, *La Virgen María*, producción de 1920, la publicó con el subtítulo “Boceto de una obra teatral”, cuando, en realidad, es una novela; *La vocación*, del año siguiente, fue titulada por Rueda “Novela escénica” y publicada en la revista *La Novela Corta*, cuando es una pieza teatral o *El salvaje*, ya para concluir, fue publicada, en su primera edición, con el subtítulo de “Poema campestre”, cuando se trata de una novela. En España son momentos de ambigüedad y de mestizaje en los géneros literarios, en que lo lírico se trasvasa al teatro y a la novela, en que los novelistas llevan sus argumentos narrativos a escena y Rueda, siempre atento a las novedades e intuitivo para saber entreverlas, quizás quiso, de esta manera, dar por zanjada la orientación regionalista de sus primeras obras, para intentar nuevos caminos narrativos. En cualquier caso, este problema de la delimitación genérica de la novela de Salvador Rueda presenta otro agravante, pues ha habido críticos que, arrastrados por una destacable pereza, han contribuido a la confusión, encasillando algunos títulos en el género literario equivocado<sup>6</sup>. Un nuevo argumento para la seria revisión del autor de Benaque.

---

4. *El Caballero Audaz*, *Lo que sé por mí*, op. cit., pág. 97.

5. En estos momentos, estoy investigando este interesante aspecto de su narrativa. En breve, aparecerá el siguiente trabajo: “Los proyectos narrativos de Salvador Rueda: las novelas que nunca escribió”, Homenaje al prof. Ricardo Senabre (en prensa).

6. Trinidad González Rivas, por ejemplo, incluye *El país del sol*. (*España*) (1901) entre sus novelas, cuando es un poemario, y *La Virgen María* (1920), entre sus piezas teatrales, cuando se trata de una novela. Vid. *Escritores malagueños*.

Siempre me gusta incluir en mis trabajos la historia de la transmisión textual de las obras objeto de estudio. Pienso que la génesis de un texto –incluso antes de su publicación– ayuda a conocer su recepción por parte del público y a indagar en la personalidad de su autor. En el caso concreto de Salvador Rueda, esta información, además, arroja luz sobre su poco estudiada faceta de novelista. El escritor de Benaque quiso, desde sus inicios literarios, probar fortuna en la narración y darse a conocer entre escritores como Galdós, Pardo Bazán, Pereda, Valera, Alarcón, *Clarín*... De 1884 data la primera referencia a sus proyectos de novelista. En septiembre, tras un año cargado de éxitos (recordemos que en 1883 habían aparecido cuatro poemarios: *Cuadros de Andalucía*, *En tropel*, *Don Ramiro* y *Noventa estrofas*, este último prologado por Gaspar Núñez de Arce), escribía a Narciso Díaz de Escovar y le enumeraba sus planes y sus muchas ocupaciones literarias. Entre ellos, mencionaba el comienzo de una novela:

He hecho un largo canto *al Arte* que me ha dejado muy contento, el primer canto de un poema llamado *Sixto*, el primer cuadro de Castilla la Nueva, que es *La verbena de la Paloma*, cuatro o cinco artículos que he vendido y publicado en algunos periódicos, entre ellos *El Imparcial*, y el principio de una novela que me propongo acabar este invierno, si el cólera lo permite<sup>7</sup>.

Aquel invierno no concluyó ninguna novela, al menos que publicara en meses sucesivos, y hasta septiembre de 1886 no encontramos otra referencia a sus proyectos de novelista. Un texto en *La Ilustración Ibérica* de Barcelona muestra que Rueda barajaba incluso

---

*Estudio biobibliográfico*, Málaga, Gráficas Urania, 1971, págs. 175-186. Algunos de estos errores ya habían aparecido en Josefina Romo Arregui, “Salvador Rueda, bibliografía”, *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, 7 (1943), págs. 84-88.

7. Carta fechada el 10 de septiembre de 1884. Ésta, como la mayoría de las que se citan en este trabajo han sido recopiladas por Amparo Quiles Faz (ed.): *Epistolario de Salvador Rueda. Ciento treinta y una cartas autógrafas del poeta (1880-1932)*, Málaga, Arguval, 1996, págs. 68-69, carta núm. 24. Es éste un trabajo que facilita enormemente el conocimiento de la obra y personalidad del escritor de Benaque.

el título de la nueva obra, pues en nota al pie indicaba a los lectores que pertenecía a “una novela inédita, titulada *El gusano de luz*”<sup>8</sup>, y en la contracubierta de *El patio andaluz*, que se publicó ese año, se anunciaba esta misma obra “en preparación” y se presentaba como “novela de costumbres”, subtítulo que luego cambiaría al más explícito de “novela andaluza”. Antes de su aparición, en 1889<sup>9</sup>, publicó en *El Globo*, *El Imparcial* y *La Ilustración Ibérica* anticipos de *El gusano de luz*. Estos adelantos narrativos fueron meticulosamente seleccionados por Rueda. Escogió pasajes destacados de la obra, aquéllos que carecían de sensualismo y que, por el contrario, reflejaban costumbres y comportamientos de la tierra andaluza, los que podían agrandar a un público no familiarizado con los modos de vida meridionales: la buenaventura, las fiestas campesinas, el trabajo en los lagares... Eran textos que, leídos fragmentariamente, continuaban la estela de sus primeras obras en prosa<sup>10</sup>.

Por indicaciones del propio novelista, empezó a redactar *El gusano de luz* en Madrid y concluyó el trabajo en Sevilla, en abril de 1888. Debió dejar reposar la obra o pulir detalles finales y fechó la dedicatoria a Andrés Mellado, en julio. Notas de prensa y cartas personales indican que esta primera novela se imprimió a finales del 88, pero razones editoriales movieron a poner en la portada la fecha

---

8. Vid. “Una figura. (Estudio del natural)”, *La Ilustración Ibérica*, Barcelona, 4-septiembre-1886, págs. 566-567. Como dato anecdótico, este texto no fue incluido posteriormente en la obra citada.

9. *El gusano de luz. Novela andaluza*, Madrid, Imp. de El Crédito Público, 1889.

10. Los primeros capítulos aparecieron en *El Globo*, siendo la revista receptora del mayor número de ellos: “Al rumor del agua”, núm. 4208, 9-marzo-1887, pág. 2; “Arre, burro”, núm. 4218, 20-mayo-1887, págs. 1-2; “Camino adelante”, núm. 4222, 24-mayo-1887, págs. 1-2; “La fiesta en los lagares”, núm. 4247, 18-junio-1887, pág. 1; “Al son de la cigarra”, núm. 4322, 1-septiembre-1887, pág. 1; “Pie a tierra”, núm. 4341, 20-septiembre-1887, pág. 1; “La buenaventura”, núm. 4491, 18-febrero-1888, pág. 1 y “¡Ladrones!”, núm. 4509, 7-marzo-1888, pág. 1. En *La Ilustración Ibérica* publicó los siguientes capítulos: “La cencerrada”, núm. 264, 21-enero-1888, págs. 38-39 y “Las bromas campesinas”, núm. 282, mayo-1888, págs. 340-334. Y en *El Imparcial*: “La vuelta de misa”, 20-agosto-1888 y “Arre burro”, 31-diciembre-1888.

del nuevo año<sup>11</sup>. Rueda, inexperto y algo inseguro en lides narrativas, aguardó desde abril hasta diciembre a que algún reputado escritor apadrinase su obra, con un prólogo laudatorio que, a modo de escudo, pudiera defenderle de posibles ataques o servirle de espaldarazo. El malagueño, que sentía una admiración casi religiosa por todos los consagrados, envió el original de su novela a Valera, Pereda, *Clarín* y Menéndez Pelayo, entre otros. Con la excusa de que la conocieran antes que el gran público, implícitamente les demandaba su opinión favorable. Esta costumbre queda corroborada por cartas del malagueño y por esos lapsos temporales que sus libros aguardaban en barbecho, desde su conclusión definitiva hasta ver la luz pública. De las cartas remitidas por Rueda, solo conservamos la enviada a Menéndez Pelayo, pero las restantes debieron tener idéntico cariz. Está fechada el 28 de noviembre de 1888 y, al tiempo que solicitaba un prólogo, resumía la orientación de la obra. Sus palabras dejan entrever a un escritor algo titubeante, consciente de que estaba en juego su aceptación como novelista y conocedor de la carga polémica de su obra: “El realismo extremado de algunas escenas en las que se trata de la aberración amorosa, me parece de veras expuesto”, escribía al santanderino<sup>12</sup>. La respuesta de Menéndez Pelayo nunca llegó –como tampoco las de sus anteriores peticiones–, pues el crítico no solía enjuiciar obras de escritores vivos y, siempre que podía, evitaba esa incómoda labor<sup>13</sup>.

---

11. Explico con más detalles este punto en mi edición de *El gusano de luz*, *op. cit.*, págs. 19-22.

12. Enrique Sánchez Reyes, “Mementos de actualidad”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXXIII (1957), núm. 1-2, pág. 202.

13. Rueda escribía al santanderino, pidiéndole juicios críticos, ya en 1886, cuando en una carta le espetaba: “Sería para mí cosa gratísima que V. emitiera su opinión sobre mis libros, hechos hasta aquí, bien (si era tanta su bondad) para publicarla en este periódico [*El Globo*], donde se recibiría con gran honor, o bien en carta particular que me diera a conocer su juicio franco sobre mis escritos”, *ibid.*, págs. 199-200. Rueda alude a las obras comprendidas entre *Noventa estrofas* y *El patio andaluz*, libro que le había regalado: “hace dos o tres días”. (Esta epístola fue publicada también por Dámaso Gamallo Fierros: “El centenario de Salvador Rueda. Su amistad con Menéndez y Pelayo y Rubén Darío”, *Arriba*, 1-diciembre-1957.) Salvador Rueda también pidió a Menéndez Pelayo su opinión sobre *Poema nacio-*

La relación epistolar con *Clarín* sí fue recíproca<sup>14</sup>. El asturiano ya había opinado favorablemente sobre *El patio andaluz* (1886), había prologado *Sinfonía del año* (1888) y elogiaría parcialmente *Cantos de la vendimia* en 1891; pero no contestó a ninguna novela, aunque Rueda le remitió, al menos, *El gusano de luz*. En una carta de *Clarín* de julio de 1889, cuando ya llevaba esta novela más de siete meses en las librerías madrileñas, le confesaba al malagueño que todavía no la había leído<sup>15</sup>. Quizá no dispusiera de mucho tiempo, pues solía recibir semanalmente muchas novedades que terminaban amontonándose en su escritorio o, tal vez, soslayó como pudo el tema, pues sus coetáneos le habían amonestado por elogiar demasiado pronto al malagueño: “Algunos de los que se dicen mis amigos en letras, lo son con la condición implícita de que no hable bien de nadie, sobre todo de nadie que empiece” (pág. 3). En la carta citada, el autor de *La regenta* deja entrever el éxito del *Gusano de luz* y lo mucho que se hablaba de Rueda en el mundillo literario madrileño, con el riesgo que implicaba, en un autor novel, dejarse llevar por tanto agasajo:

“¡Usted le da alas a Rueda!... ¡Eso es envenenar a un muchacho!... –se quejaba *Clarín* que le recriminaban sus coetáneos– ¡Va-

---

*nal, El cielo alegre y El gusano de luz*. Tras esta última petición, visto que nunca obtenía respuesta, abandonaría sus pretensiones.

14. Los siguientes estudios publican cartas entre *Clarín* y el malagueño: José María Martínez Cachero, “Salvador Rueda escribe a *Clarín*. (Una epístola inédita en verso)”, *Revista de la Universidad de Oviedo*, XLIX-L (1948), págs. 137-140; Marcos G. Martínez Martínez, “Cuatro cartas de Leopoldo Alas a Salvador Rueda. 1887-1888”, en AA. VV., *Clarín y “La regenta” en su tiempo. Actas del Simposio Internacional*, Oviedo, Universidad-Ayuntamiento, 1987, págs. 1081-1088; y Amparo Quiles Faz, “Dos cartas de *Clarín* a Rueda (1888 y 1890)”, en Salvador Montesa (ed.) *A zaga de tu huella. Homenaje al Prof. Cristóbal Cuevas*, Málaga, Universidad-Ayuntamiento-Diputación, 2005, vol. II, págs. 51-61. Cfr. también Amparo Quiles Faz, “Maestros y amigos: relaciones literarias entre *Clarín* y Salvador Rueda”, en *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, Baeza, Universidad Internacional de Andalucía, 1998, págs. 591-599.

15. En una epístola en que *Clarín* teorizaba sobre la poesía actual, le confesaba a Rueda: “*El gusano de luz*, que yo todavía no he leído”. Vid. “Cartas a Salvador Rueda”, *Los Madriles. Revista Semanal*, 27-julio-1889, núm. 48, pág. 3. Mi agradecimiento a Amparo Quiles Faz por facilitarme copia de la misma.

lera alaba *El gusano de luz*; usted le dice al autor de ese gusano que es una esperanza de poeta, cuando no aventura otro tanto de Velarde, Grilo, Ferrari, Shaw y otros!... ¡Está perdido Rueda!”. (pág. 3)

José María de Pereda fue su más fiel interlocutor en lo tocante a su prosa. Había enjuiciado en abril de 1886 *El patio andaluz* y, justo el año siguiente, *El cielo alegre*. Opinaría sobre *El gusano de luz* en el 88 y sobre *Granada y Sevilla* y *La reja* en marzo y abril de 1890, respectivamente. En todas estas cartas, salvo en la relativa a su primera novela, hubo plácemes para el malagueño, destacando Pereda su calidad de pintor, su corrección del dibujo, la brillantez del colorido, el poder de observación y la galanura y donaire del manejo del castellano. (Como pueden ver, todos elogios referentes al colorismo, a lo descriptivo y al estilo.) Lo comentaba Pereda con sinceridad y alegría, pues para el santanderino era una frecuente “desgracia” encontrar malos e insípidos escritores de costumbres en el país. Estas palabras elogiosas aquilatan el deseo y las ganas que Pereda tenía de leer la primera novela del malagueño: “Con esto, que da la medida de lo que yo confío en sus alientos de artista, puede formarse idea de la ansiedad con que aguardo la publicación de la novela que anuncia V. en la cubierta de *El cielo alegre*”<sup>16</sup>. Transcurridos varios meses, Rueda le remitió la esperada novela, probablemente en fecha similar al envío de Menéndez Pelayo. La respuesta no se hizo esperar, siendo la sorpresa mayúscula para ambos.

Pereda contestó al malagueño el 6 de diciembre de 1888. Le remitió una carta durísima, que se cebó en el contenido moral de la novela y no en sus valores estéticos o literarios, conceptos que en la época no eran autónomos. Consideraba inconcebible la audacia del escritor de Benaque al incorporar a la obra escenas de tan crudísimo realismo, lo que, a su juicio, convertía *El gusano de luz* en una novela pornográfica: “Creo que tiene V. sobrados motivos para estar alarmado

---

16. Cfr. “Mementos de actualidad”, *art. cit.*, pág. 191. Epístola fechada el 6 de abril de 1887. Todas las cartas de Pereda a Rueda se conservan en la Biblioteca Menéndez Pelayo y han sido publicadas por Enrique Sánchez Reyes.

y febril con la obra”, le comentaba Pereda. La veía impregnada de elementos naturalistas, que le apenaban profundamente “por ser obra de una pluma tan delicada, hábil y pudorosa, como la que escribió *El patio andaluz* y *Bajo la parra*” (pág. 192). Las descripciones literarias, de las que Rueda era un hábil maestro, tenían que ir, a juicio del santanderino, dentro del decoro del arte; por eso, se indignaba cuando veía tantas “crudezas” naturalistas que atropellaban “las leyes del buen sentido, las de la lógica y hasta las de la naturaleza humana”. Llegó incluso a comparar *El gusano de luz* con las novelas de López Bago. Defraudó mucho la obra a Pereda, pues, a su juicio, el malagueño tenía “elementos y terreno propio en que lucirse y cosechar laureles limpios”, que no era otro que el ámbito del andalucismo y regionalismo literarios. La única contestación que obraba en poder de Rueda a finales de 1888, tras ocho meses de espera, era la del santanderino, pero su durísimo dictamen no la hacía recomendable para inaugurar su obra. A falta de otras respuestas, Rueda decidió que su *Gusano* viese la luz sin prohemio.

Este contacto con la crítica fue expresamente buscado por el malagueño. Si nos fijamos en esa otra repercusión mediática, la que le deparó la prensa de forma espontánea, debemos afirmar que *El gusano de luz* fue muy bien acogida. Tuvo un éxito sonado, si hacemos caso a las declaraciones del propio autor en una carta dirigida a Díaz de Escovar, en la que le comentaba al amigo malagueño, todo exultante, que la prensa salía llena de alusiones a su libro, el cual le estaba proporcionando “un tan a todas luces inmerecido como ruidosísimo triunfo”: “Por lo pronto”, confiesa Rueda, “hice *mi agosto* y ocupo hoy todas estas conversaciones literarias. Más, sería *gollería*”<sup>17</sup>. A grandes rasgos, incluso antes de su aparición, fue una obra aceptada por los críticos. Casi todos destacaron su vinculación con el Naturalismo, pero no la consideraron aberrante. En el diario catalán *La Dinastía*, Alfonso Pérez Nieva publicaba un artículo –“Desde Madrid”– donde, entre otras obras, reseñaba la novela de Salvador Rueda. Resaltaba su “carácter modernista”, la profundidad de su pensamiento –“toda

---

17. Amparo Quiles Faz (ed.), *Epistolario de Salvador Rueda*, op. cit., pág. 70, carta núm. 26.

la obra viene a ser un canto de la materia; una estrofa, pronunciada de rodillas, ante el altar de la naturaleza desnuda”– y el colorismo de su forma<sup>18</sup>. *La España Moderna* incluyó en su primer número, de enero de 1889, una crítica de Rafael Torromé, quien alabó las dotes de narrador descriptivo de Salvador Rueda, así como su intuición de artista<sup>19</sup>, aunque en uno de sus *Paliques*, *Clarín* comentaba que, si de aquél hubiera dependido, “hubiese puesto en ridículo a mi buen amigo el joven y muy elocuente escritor Salvador Rueda”, recriminándole a la dirección de la revista que permitiese que “sección tan importante como la crítica de las obras literarias recientes caiga en manos de cualquiera, verbigracia del Sr. Torromé”<sup>20</sup>. Este crítico aceptó el Naturalismo de la novela, considerado beneficioso por despertar emociones en el lector, antes que críticas o censuras. Alabó su estilo –“el señor Rueda no solo escribe para el vulgo, sino para los literatos, para los sibaritas del arte” (págs. 193-194)– y justificó los amores entre labrador y sobrina por esos “instintos invencibles” de la novela, no viendo en ellos nada deshonesto ni ofensivo.

*Revista Contemporánea* fue otra publicación que incluyó una reseña del *Gusano* en su boletín bibliográfico<sup>21</sup>. Era una sucinta referencia que insistía en el aplauso entusiasta con que la crítica la había recibido y lo presto que el público se había decidido a leer la obra. Destacaba la imaginación del escritor y el poder del argumento, que movía a un gran interés. A las pocas semanas, Juan Valera remitió a *El Imparcial* un extenso artículo donde valoraba, en profundidad, esta primera narración de Rueda<sup>22</sup>. Pese a las reticencias que incluía, fue elegido por el malagueño como pórtico para la segunda edición

---

18. *La Dinastía. Diario Político, Literario, Mercantil y de Avisos*, 4-diciembre-1888, pág. 1. El artículo lleva fecha de 30 de noviembre del 88.

19. Vid. “*El gusano de luz*, novela andaluza original de D. Salvador Rueda”, *La España Moderna*, 1 (1889), págs. 191-194.

20. “Palique”, *Madrid Cómico*, 23-febrero-1889, pág. 6.

21. *Revista Contemporánea*, 28-febrero-1889, págs. 414-415. No sería ésta la primera ocasión en que, en sus páginas, se prestara atención a alguna obra de Salvador Rueda. Antes aparecieron las reseñas de *Bajo la parra* (15-noviembre-1887, pág. 336) y de *Sinfonía del año* (15-enero-1888, pág. 108).

22. “*El gusano de luz*. Novela andaluza de Salvador Rueda”, *El Imparcial*, 18-marzo-1889.

de su novela, en 1895. No hay que olvidar que el autor de *Pepita Jiménez* era uno de los escritores más brillantes y respetados en el ámbito social y literario y, de ese modo, prestigiaría su obra. A Valera le pareció bien escrito el libro, bien pintado el ambiente, interesantes los personajes y la acción, aunque muy sencilla, entretenida y propensa a la curiosidad. Pero encontró, obviamente, algunos lunares. En primer lugar, apuntó fallas argumentales de menor importancia –la ausencia de hermana mayor o “señora de respeto” en la casa del tío Sebastián, por ejemplo–; para centrarse en el escaso estudio psicológico de personajes como Concha, que no mostraba “escrúpulos religiosos, morales y de decoro”. Poco después abordó lo que denominó “preocupación *naturalista*”, que imprimía en sus personajes “algo de fatal, de imperativo o determinante”. No consideraba, sin embargo, aberrante que una muchacha se enamorase de un hombre mayor. Apuntaba que *El gusano de luz* hubiese sido un delicadísimo idilio si hubieran aparecido en el amor central causas más elevadas y no tan sencillas, por lo meramente físicas, neuróticas y morbosas. El egabrense alabó el optimismo de la obra, el estilo –dijo que era poeta en verso, pero poeta en prosa también– y, en definitiva, afirmó ser testigo del nacimiento de un buen novelista.

Las ventas y la polémica que rodeó a esta primera novela –que debió complacer mucho al joven escritor por la notoriedad que iba adquiriendo– movieron a Rueda a seguir ensayando el género. Así, en 1890 publicó otra obra regionalista: *La reja. Novela andaluza*<sup>23</sup>; pero también un libro de viajes: *Granada y Sevilla* y sus poemarios *Himno a la carne* y *Poema nacional. Aires españoles*. Como sucedió con *El gusano de luz*, antes de la publicación de *La reja*, aparecieron varios capítulos en la prensa. En esta ocasión, en *El Imparcial*, *El Ateneo* y *La Ilustración Ibérica* entre abril de 1889 y abril de 1890, aquéllos que, por sus peculiaridades internas, podían publicarse desgajados del conjunto, con una completa autonomía, y que, por lo pintoresco de la costumbre retratada, podían llamar la atención del público madrileño<sup>24</sup>.

---

23. *La reja. Novela andaluza*, Madrid, Tip. de Manuel G. Hernández, 1890.

24. En *El Imparcial*, podemos leer: “El rosario de la aurora”, 2-septiembre-1889; “El sacorio”, 23-septiembre-1889 y “Desfile”, 31-marzo-1890. Editada la

La obra, finalizada en Madrid el 19 de marzo de 1890, tal y como consta en el *explicit*, se puso a la venta a mediados de abril, según informaba un artículo de *El Imparcial*<sup>25</sup>. En esta ocasión, no se demoró la publicación de la novela, pues Rueda dispuso de inmediato de un prólogo laudatorio. Veamos el caso. El mismo procedimiento empleado en su primera novela aplicó Rueda en *La reja* al enviarla manuscrita a los escritores más destacados del momento para saber su juicio. Con total certeza, mantuvo un cruce epistolar con Pereda, a quien remitió su novela el 10 de abril de 1890<sup>26</sup>. A los dos días le escribía desde Santander una carta que el malagueño incluyó como prólogo en la primera edición. Pereda resaltaba en ella lo accesorio, reconociendo cierta mediocridad en lo esencial de la novela: el argumento y los personajes. Pero no le importaba demasiado, siempre y cuando se tratase de una “novela de costumbres lícitas y corrientes en el mundo real y verdadero”, es decir, siempre que no existiesen veleidades naturalistas.

La nueva novela de Salvador Rueda se anunció en *Madrid Cómico*, como el año anterior se hiciese con *El gusano de luz*<sup>27</sup>. Luis Taboada resaltaba, en esta ocasión, su interés y recomendaba vivamente

---

novela, apareció un nuevo fragmento que buscaba su publicidad: “Sermones y porra”, 14-abril-1890. Este texto corresponde al capítulo XIV, titulado en la novela: “Sermón”. En *La Ilustración Ibérica* de Barcelona, publicó: “A tientas”, núm. 327, abril-1889, págs. 214-218; “Pelando la pava”, núm. 335, 7-junio-1889, pág. 342; y “El adiós”, núm. 380, 12-abril-1890. En *El Ateneo. Revista Científica, Literaria y Artística*, aparecieron los cuatro primeros capítulos de la novela: “La reja. I. En la sombra”, núm. 11, 15-mayo-1889, págs. 321-325; “La reja. II. Pelando la pava”, núm. 11, 15-mayo-1889, págs. 325-328; “La reja. Novela andaluza. III. El adiós de la parranda”, núm. 12, 1-junio-1889, págs. 481-485 y “La reja. Novela andaluza. IV. Yo pecadora”, núm. 12, 1-junio-1889, págs. 485-489.

25. “Podemos adelantar a nuestros lectores un trozo de la nueva novela de D. Salvador Rueda titulada *La reja*, que verá hoy la luz pública”. *Vid.* “La nueva novela”, *Los Lunes de El Imparcial*, 14-abril-1890, pág. 2.

26. Pereda le escribe: “Mi querido amigo: devuelvo a usted por este mismo correo las capillas, certificadas, que recibí anteanoche, de su novela *La reja*”. La carta está fechada dos días después: el 12 de abril. *Vid.* Enrique Sánchez Reyes, “Mementos de actualidad”, *art. cit.*, pág. 194.

27. *Madrid Cómico*, 26-enero-1889, pág. 7.

su lectura<sup>28</sup>. En Málaga, Narciso Díaz de Escovar informaba, en *La Unión Mercantil*, de la nueva novela de su paisano –“la reputación de Rueda está consolidada”, afirmaba– y se hacía eco de los elogios de Pereda hacia *La reja*. Recogía, sin embargo, la idea extendida en todos los círculos literarios: “todos esperan que si se dedica al género novelesco, sacrificando un poco las bellezas de su estilo al interés de la acción, obtendrá uno de los primeros puestos entre los novelistas contemporáneos”<sup>29</sup>. Al año siguiente, G. Ruiz de Almodóvar analizaba las publicaciones del malagueño en *Salvador Rueda y sus obras*. Aludía a *El gusano de luz* y a *La reja* y defendía en ambas al escritor descriptivo y colorista, especialmente inspirado en la naturaleza. En ambos libros, como en toda obra de juventud, faltaba “aquella fuerza de intención” que en la novela de costumbres pone el artista solo cuando copia el mundo desde la madurez (pág. 32).

Tras *La reja*, llegaron más libros. En 1891, publicaba *Cantos de la vendimia*, con un pórtico de *Clarín* –que supuso un nuevo escándalo por el tono, renovación, temas y aire juvenil empleados–; se iniciaba en el teatro con un “poema escénico”: *El secreto*, y publicaba un nuevo volumen misceláneo: *Tanda de valsés*. Su tercera novela, *La gitana*. (*Idilio en la sierra*), llegó al año siguiente<sup>30</sup>, aunque la había concluido en septiembre de 1891. Se la dedicó a Antonio Cánovas del Castillo y con ella inauguró la “Biblioteca Rueda”, dirigida por su hermano José. Aunque con ella se pretendía “poner al alcance de quienes no pueden comprar, porque son caros, los mejores libros de cuantos se han escrito en España y fuera de ella”, lo cierto es que casi todos los trabajos que Salvador Rueda fue concluyendo a partir de esta fecha vieron la luz en la “Biblioteca” que llevaba su

---

28. *Ibid.*, 3-mayo-1890, pág. 2.

29. “Notas madrileñas”, *La Unión Mercantil*, 8-mayo-1890, pág. 2. Esta crónica está fechada el 4 de mayo. En una de las numerosas cartas que Rueda remitió a su amigo y mentor malagueño Narciso Díaz de Escovar, le decía aquél, tras la rúbrica, “dentro de pocos días te mandaré mi nueva novela *La reja*”. Cfr. Amparo Quiles Faz, *Epistolario de Salvador Rueda*, *op. cit.*, pág. 72, carta núm. 28.

30. *La gitana*. (*Idilio en la sierra*). *Novela andaluza*, Madrid, Imp. de Luis Aguado, 1892.

nombre<sup>31</sup>. El malagueño volvió a publicar capítulos sueltos de *La gitana* en la prensa, la mayoría antes de ver la luz la obra<sup>32</sup>. En esta ocasión, el periódico receptor fue *La Correspondencia de España*, donde aparecieron once entregas de las veintitrés que conforman la novela, desde finales de junio hasta principios de octubre de 1891<sup>33</sup>. He podido localizar, gracias a los archivos personales de la Dra. Quiles Faz, otro capítulo en *La Ilustración Ibérica* de Barcelona. De haberse publicado, hubiese sido el número XX de la novela, pero fue suprimido por Rueda<sup>34</sup>. Era habitual en nuestro autor publicar fragmentos

---

31. Tras *La gitana*, aparecieron en la "Biblioteca Rueda" las siguientes obras: la segunda edición de *En tropel* (vol. II, 1892), *Sinfonía callejera* (vol. III, 1893) y *El ritmo* (vol. IV, 1894). A partir de 1903, se publicaron, primero en la Imp. José Rueda y después en la Imprenta y Encuadernación José Rueda: *La musa* (1903), *Fuente de salud* (1906), *La cópula* (1906), *Vaso de rocío* (1908), *La procesión de la Naturaleza* (1908) y *Lenguas de fuego* (1908).

32. A estos momentos de febril actividad y a la redacción de *La gitana*, alude Salvador Rueda en una de sus cartas a Antonio Fernández y García. En su misiva se lamentaba de las muchas ocupaciones que le impedían cartearse con sus amigos malagueños, para los que siempre tenía un afectuoso recuerdo: "Pero, ¿cómo, cuándo, en qué momento? Ahora mismo, en este instante vienen de un periódico a pedirme original de una novela que estoy publicando, de buena gana daría lo que me vale el capítulo con tal de que se fueran y me dejaran charlar con V.". Vid. Amparo Quiles Faz (ed.), *Salvador Rueda en sus cartas, op. cit.*, pág. 92, carta núm. 22, publicada en *La Unión Mercantil* el 4 de mayo de 1891.

33. Los capítulos publicados son los siguientes: "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XIII. Una cita y un tiro", *La Correspondencia de España*, 28-junio-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XIV. Mi turno", 12-julio-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XV. Fondo del cuadro", 19-julio-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XVI. Sobre el abismo", 26-julio-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XVII. Entre cavernas", 2-agosto-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XVIII. La cueva de Jeremías", 16-agosto-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XIX. La trama", 23-agosto-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XX. Apología de la guitarra", 30-agosto-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XXI. La fiesta", 15-septiembre-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XXII. Las citas", 27-septiembre-1891; "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. XXIII. Sábado de Gloria", 4-octubre-1891.

34. "*Idilio en la sierra. Novela andaluza*. Capítulo XX (Inédito). Un pastor sin poesía", *La Ilustración Ibérica*, Barcelona, núm. 462, 7-noviembre-1891, pág. 710. Debería haberlo ubicado tras el titulado "La cueva de Jeremías". Describe el trayecto que el poeta recorre hasta el cortijo junto al taciturno tío Juan. Contrapone aquí Rueda el pastor bucólico y literario con el rústico y real. Es un capítulo plagado

de sus novelas en la prensa, pero nunca íntegras (solía dar publicidad previa a la mitad de los capítulos, más o menos) y, casi siempre, en varias revistas, en las que, en ese momento, colaboraba. A través de las entregas sueltas de *La gitana*, advertimos cómo el autor cambió el nombre de su novela en el último instante. En *La Correspondencia*, todos estos episodios llevaban el título de *Idilio en la sierra. Novela andaluza*, y así apareció anunciada en las cubiertas de *El secreto* (1891) y *Tanda de vales* (1891), pero cuando imprimió el libro, éste apareció como *La gitana. Idilio en la sierra. (Novela andaluza)*, dando el autor prioridad al personaje de Mercedes y confirmando el carácter regional de la obra por encima del tema amoroso.

Los principales diarios madrileños se hicieron eco de la publicación de *La gitana*. Aparecieron anuncios y breves reseñas a lo largo del mes de febrero en *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España* y *Madrid Cómico*<sup>35</sup>. Y en algunos diarios de provincias también se recogió noticia de esta reciente publicación<sup>36</sup>. En ellos se elogiaba, con claros fines propagandísticos, su valor artístico y la alta lección moral que encerraban sus páginas; así como su españolismo, interés y clásica elegancia. En *El Imparcial* la calificaban heredera de *El sombrero de tres picos* y proclamaban a Rueda continuador de *Fernán Caballero* y *El Solitario*. La única reseña extensa con la que contamos apareció en *La Época*, a principios de marzo, y la firmó Francisco Fernández de Villegas con su seudónimo *Zeda*<sup>37</sup>. El periodista solo encontraba defectos: el título, del todo inapropiado; la acción, excesivamente descriptiva e insignificante—“el señor Rueda, más que narrar, se propone describir”—; la ausencia de naturalidad en las descripciones campestres; el pseudohumorismo y

---

de referencias culturales al mundo clásico, que no casan con el ambiente natural y regionalista de la novela.

35. Vid. *El Imparcial*, 1-febrero-1892; “Una novela de Rueda”, *El Heraldo de Madrid*, 8-febrero-1892 (aquí, el anuncio fue acompañado de la reproducción de un capítulo: “Echar las cartas”), *La Correspondencia de España*, 20-febrero-1892 y *Madrid Cómico*, 27-febrero-1892, pág. 7.

36. Vid. “Crónica”, *La Dinastía*, 17-febrero-1892.

37. *Zeda*, “Autores y libros. *La gitana*, por Salvador Rueda”, *La Época*, 3-marzo-1892.

los excursos filosóficos, tan discordantes en el escritor andaluz; los personajes, muñecos de guiñol inhábilmente manejados por Rueda, “copia chillona de los cromos que sirven de tapadera al contenido de las cajas de pasas”. De la parte descriptiva, le afeaba su excesiva afectación, llena de metáforas rebuscadas y extravagantes perífrasis y epítetos que hundían el argumento. Consideraba del todo imposible encontrar en *La gitana*, ni con lente de aumento, algo de lo mucho que promete una novela: “caracteres, interés, conocimiento del corazón humano, verdad...”. Y le recriminaba la mezcla de materias tan dispares como lo idílico y lo picaresco, pues para lo primero le faltaba naturalidad y para lo segundo, malicia. Como colofón, declaraba no comprender el elogio pronunciado por Valera años atrás confirmándolo como uno de los primeros novelistas españoles.

Es muy probable que Rueda volviera a enviar su novela a los críticos y novelistas del momento, a la espera de leer elogios y parabienes. La ausencia de contestaciones ni de mención alguna a *La gitana* por parte de *Clarín*, Pereda o Valera, sus habituales interlocutores, hace pensar que no fuera del agrado de ninguno<sup>38</sup>.

Las novelas andaluzas de Salvador Rueda tuvieron una vida ciertamente discreta. El escritor, que tras *La gitana* abandonó temporalmente el género, fue, al menos, reeditado. *El gusano de luz* volvió a publicarse en 1895, en la Colección Diamante, recientemente inaugurada en Barcelona por el Sr. López Bernagossi<sup>39</sup>, siendo reeditada una segunda ocasión en esta misma biblioteca, pero sin fecha; y en 1936, en la *Revista Literaria. Novelas y Cuentos*, cuando ya había

---

38. En el caso del santanderino, es conocida su extrema sinceridad, pues respondía con total franqueza a sus peticionarios o no les contestaba. Tenemos su propio testimonio en la carta-prólogo de *La reja*, cuando recordaba la acritud con la que, meses atrás, criticó *El gusano de luz*, en ella le confesaba a su amigo malagueño: “porque no sé hablar de otra manera. Así, o callarme la boca. No lo puedo remediar”.

39. El 16 de junio de 1894, en la sección “Libros nuevos” de *El Imparcial*, se anunciaba la nueva empresa del editor barcelonés: “Con ella se propone propagar la afición a la lectura, y éste es ya un propósito muy laudable, y publicar lo mejor de lo mejor entre lo que han publicado los buenos escritores nacionales y extranjeros, sobre todo los primeros”.

fallecido su autor<sup>40</sup>. *La reja* también volvió a publicarse el mismo número de veces: una en Valencia, en 1893; otra en Madrid, en la revista *La Novela Corta*, en 1917 y una tercera en Barcelona, sin datar, pero que puede fecharse alrededor de 1925-1928<sup>41</sup>. *La gitana*, por el contrario, no fue reeditada. Indicativo del interés que seguían suscitando sus obras son sus reediciones, que conectan su primera etapa narrativa con *La cópula* y con sus creaciones del primer tercio del siglo XX. Años en que publicó en revistas literarias como *El Cuento Semanal*, *Los Contemporáneos*, *La Novela Corta* o *Novelas y Cuentos*<sup>42</sup>, la nueva forma de seguir de actualidad, pues estas revistas llegaban a un nutrido público de lectores.

---

40. Tradicionalmente, la crítica ha venido repitiendo que *El gusano de luz* solo había sido reeditado en dos ocasiones, pero, en mi edición de 1997, puse de manifiesto que se publicó dos veces en la “Colección Diamante” de Barcelona, pues encontré una edición nunca antes mencionada. La relación es la que sigue: *El gusano de luz. Novela andaluza con un estudio de D. Juan Valera*, Barcelona, López, Editor, [1895]; *El gusano de luz. (Novela folletinesca)*, Madrid, Diana, 1936 y *El gusano de luz. Novela andaluza con un estudio de D. Juan Valera*, Barcelona, Antonio López, Editor, s. a. Para más información, vid. María Isabel Jiménez Morales (ed.), S. Rueda, *El gusano de luz, op. cit.*, “Criterios de la edición”, págs. 55-57.

41. La única edición con fecha es la adaptación para *La Novela Corta: La reja. (Adaptada a las dimensiones de esta revista)*, Madrid, Tip. de La Novela Corta, 1917 (“Col. La Novela Corta”, núm. 90). Las otras dos ediciones aparecieron sin datar, pero gracias a un anuncio de *La Ilustración Artística* (Vid. “Libros enviados a esta redacción por autores o editores”, *La Ilustración Artística*, núm. 595, 22-mayo-1893, pág. 344) he podido fechar con total certeza la edición valenciana en 1893, y no en 1896, como aseguraba Josefina Romo Arregui (Vid. “Salvador Rueda, bibliografía”, *art. cit.*, pág. 85). La edición catalana (*La reja. Novela andaluza*, Barcelona, Juan de Gasso, Editor, s. a.) se reeditó en el primer tercio del siglo XX, pues Manuel Llanas indica que Juan de Gasso ejerció como editor alrededor de 1925-1928. Cfr. *L'edició a Catalunya: el segle XX (fins a 1939)*, Barcelona, Gremi d'Editors de Catalunya, 2005, pág. 150.

42. En estas colecciones publicó, principalmente, novelas; pero también teatro y poesía. En *El Cuento Semanal: La guitarra*, 1-febrero-1907, núm. 5; *El poema de los ojos*, 24-julio-1908, núm. 82 y *El poema de la mujer*, 7-enero-1910, núm. 158. En *Los Contemporáneos: El salvaje. Poema campestre*, 1-octubre-1909, núm. 40. En *La Novela Corta: La reja*, ya citada; *Donde Cristo dio las tres voces*, 1919, núm. 174 y *La vocación*, 1921, núm. 280. Y en *Novelas y Cuentos: El salvaje*, 1933 y *El gusano de luz*, 1936.

Me gustaría citar brevemente, como un aspecto más de la transmisión indirecta de estas novelas, su tentativa de traducción al italiano. Entre 1906 y 1907, F. M. Gelormini y E. Suardi se pusieron en contacto con el malagueño para verter al italiano varias de sus novelas<sup>43</sup>. Rueda era consciente del impulso que le supondría dar a conocer su obra en Italia y estaba tan complacido con la idea que llegó a renunciar a los derechos de traducción. Las cartas conservadas desvelan rasgos de la personalidad literaria del malagueño. De carácter meticuloso, buscaba, ante todo, una buena traducción de sus obras, casi imponiendo la posterior revisión por alguien que dominase el español, sobre todo en lo concerniente al léxico andaluz<sup>44</sup>. Se aprecia, también, su dirigismo en la promoción de sus obras en Italia. Prefería traducir sus novelas antes que sus poesías, cuadros y cuentos costumbristas: “La poesía no debe trasladarse de un idioma a otro; pierde música, color, luz, vibraciones sutiles y lo que constituye la originalidad del autor”<sup>45</sup>. Sin embargo, “las novelas, siendo V. un traductor de tanta conciencia” –le escribía a Suardi– “podemos traducirlas todas, si nos resulta bien la primera”. Los consejos de Rueda

---

43. Estas cartas, propiedad de José Luis Cano, fueron publicadas, en primer lugar, por Cristóbal Cuevas en “Salvador Rueda y sus relaciones con el Naturalismo (con seis cartas inéditas del poeta)”, *Analecta Malacitana*, X, 1987, págs. 361-368. Posteriormente, Amparo Quiles Faz las incluyó en su *Epistolario de Salvador Rueda*, *op. cit.*, págs. 94-96 y 98-102, cartas núm. 49-50 y 52-55. Cito, a partir de ahora, de esta última fuente.

44. Con respecto a *La reja*, escribe Rueda a Emilio Suardi: “Para traducir *La reja* le convendría a V. ser amigo de un español, porque los personajes de la obra hablan, a veces, el lenguaje *andaluz* que es el mismo español con la sola diferencia de que suprime letras al pronunciarse: si V. va a buscar, por ejemplo, la palabra *sentío* en el diccionario, no la encontrará porque es *sentido*. Y así muchas. Mi amigo José León Pagano sabe muy bien el español y conoce muy bien la pronunciación andaluza”. (*Ibid.*, pág. 102, carta núm. 55.) En otra misiva, vuelve sobre este punto: “Como V. me dice, deseo que cuando V. tenga hecha la traducción me envíe el mazo de cuartillas, para repasarlas en unión de algún amigo mío literato italiano. ¿Usted no se ofenderá, verdad? Mis amigos Multedo (diplomático de Roma) y León Pagano (residente en Milano) los dos muy ilustrados y que saben a la perfección los idiomas italiano y español, repasarán la traducción de V., pero esto es si V. no se disgusta: si a V. le habría de disgustar, no, porque no quiero de ningún modo molestar a V. en nada”, *ibid.*, pág. 95, carta núm. 50.

45. *Ibid.*, pág. 101, carta núm. 54.

hicieron cambiar de opinión a Gelormini, el primer traductor, quien, en un principio, le pidió traducir *El gusano de luz*, proponiéndole el malagueño *La cópula*. Tal vez tuviera aún presentes las críticas de Pereda, por lo que podría temer una opinión similar en Italia, frustrándose así sus proyectos promocionales. Curiosamente, cuando Suardi, un año después, le pide traducir *La reja*, Rueda no le brinda la oportunidad de dar a conocer *La cópula*, como había hecho con el anterior traductor. Tal vez reconsiderase su propuesta, pues *La cópula* era “una novela difícilísima de traducir [...] porque el tema es sumamente peligroso y a cada momento hay que hablar de los órganos sexuales”, confesaba Rueda<sup>46</sup>. Gelormini desapareció sin dar explicaciones, por eso el malagueño le preguntaba a su compatriota en la Nochebuena de 1906:

¿Quién es F. M. Gelormini, que vive, o vivía, en Via Nazionale, 132? Hace tiempo me pidió permiso este señor para traducir al italiano mi novela y ... no he vuelto a saber de esa persona. ¿La conoce V.? ¿Quién es?<sup>47</sup>.

Este cruce epistolar se producía de mayo de 1906 a febrero de 1907. Un mes después, se publicaban unas declaraciones del autor en la revista *Por Esos Mundos*, donde el propio Rueda informaba de las traducciones al francés y al italiano de sus dos primeras novelas: “De las novelas, a pesar de los inmerecidos honores de las lenguas italiana y francesa, que se llevaron, vertidas a ellas, *El gusano de luz* y *La reja*, yo prefiero *La cópula*”<sup>48</sup>. No he podido contrastar esta información, pero la confirma, parcialmente, F. Jiménez<sup>49</sup>.

Realizada esta breve historia de los textos y conocidas las aportaciones de la crítica coetánea, pasemos al análisis de las novelas. Todas

---

46. *Ibid.*, pág. 95, carta núm. 50.

47. *Ibid.*, pág. 99, carta núm. 52.

48. *Vid.* Augusto Martínez Olmedilla, “¿Cuál es mi obra predilecta? Salvador Rueda”, *Por Esos Mundos*, marzo (1907), pág. 252.

49. *Cfr.* “Una novela fetichista de Salvador Rueda”, *El Adelantado*, 16-junio-1984. En este breve artículo, su autor afirma que, a sus cincuenta años, Rueda tenía traducida al francés *El gusano de luz*.

tienen rasgos en común y peculiaridades que las hacen únicas. Entre sus afinidades, contamos con el protagonismo femenino, llevando dos de estas novelas título alusivo a esas mujeres. En *El gusano de luz*, es el sobrenombre de Concha el que da título a la obra, pues en su pueblo, Higuera, la llaman así “fundándose en lo mucho que le brillan los ojos” (pág. 27). Igual sucede en *La gitana*, donde se alude a la raza de Mercedes, la criada de D. Leopoldo. En *La reja*, Rueda dio preferencia en el título al espacio narrativo antes que al personaje, pero Rosalía se yergue por encima de cualquier otra criatura novelesca.

Otra similitud es la extensión de estas novelas, que presentan un similar número de capítulos (XXI, XX y XXIII, respectivamente) donde desarrollar la trama. En *El gusano de luz*, Rueda narra el proceso de enamoramiento que experimentan Concha y el tío Sebastián: ella de quince años y él de más de cincuenta. Concha va a pasar una temporada al cortijo de su tío, pues no rebosa salud y su familia está un poco preocupada. Allí conocerá a todos los sirvientes y trabajadores de su tío y entrará en contacto con unas costumbres y usos populares que le encantan. Desde el primer instante sentirán, sin saberlo, una atracción mutua que, paulatinamente, se desbordará en una pasión incontrolable. Las leyes del decoro y de la moral van contra un amor desigual en edad y casi pecaminoso, por la consanguinidad; pero el amor se alza sobre cualquier escollo, al ser concebido en la novela como una fuerza natural y cósmica. La trama se desarrolla a lo largo de los meses de julio y agosto, durante la vendimia, pero Rueda selecciona como materia novelable poco más de ocho días, que transcurren de forma no consecutiva. El ambiente es rural, como en las restantes novelas, pero acomodado, pues la acción se desarrolla en el cortijo más rico del contorno, el del tío Sebastián, de holgada posición económica, como nos describe el autor en el capítulo II de la novela: “Monólogo”.

El argumento de *La reja* es extremadamente sencillo, lo que permitía, a juicio de Pereda, “recrear la atención, sin menoscabo del interés, en los hermosos fondos del cuadro”. Rosalía, la joven más hermosa de Guedeja, es cortejada por tres pretendientes a la vez: Bernardo, Antolín y Primores. Ella ama al primero, el más pobre de

todos, candidato que rechaza abiertamente su avaricioso padre. La situación se hace insostenible y Bernardo se ve obligado a proceder al *sacorio*, tradición clásica con la que se certifican en Andalucía los matrimonios no secundados por sus familias. Coincido plenamente con Pereda: “ni las personas que allí se ven, ni el pleito que se ventila entre ellas, son cosas del otro jueves”. Los personajes se conocen por las descripciones que de ellos hace el autor. Aparecen en muchos momentos silenciosos, ensimismados, pensativos y actúan escasamente, pues la acción es muy débil. Se aprecia cómo Rueda ha realizado su aprendizaje en el cuadro de costumbres, donde la descripción prima por encima de otros elementos y la narración de hechos es casi inexistente o nula. Se evidencia también que nuestro escritor se sentía cómodo con el calificativo de pintor colorista, pues, en los veinte capítulos de *La reja*, predominan los puramente descriptivos. La acción de esta novela transcurre durante el mes de septiembre, cuando se aproximan las fiestas patronales en honor de la Virgen. El tiempo narrado es muy corto: tan solo tres días, todos consecutivos. En *La reja*, los protagonistas son más humildes: pertenecen al pueblo llano y no presentan una boyante economía; si no fuera de este modo, no tendríamos conflicto. Solo disfrutan de una posición acomodada dos de los pretendientes: Primores y Antolín, que Rueda describe desde el principio con rasgos caricaturescos y ridículos, pues es firme partidario del amor auténtico.

Mercedes, la protagonista de *La gitana*, es una hermosa sirvienta del cortijo que D. Leopoldo tiene en la sierra andaluza. Es acosada por treinta cazadores, amigos de su amo, invitados al cortijo durante una Semana Santa. La mujer –a modo de la Susana bíblica– se burla de todos ellos –que han apostado ver quién la cerca y la rinde–, y da su mano a *Jaraga*, un mozo guapo, rústico y sensible, que sirve también en la misma casa. Los amores se dan entre dos sirvientes, que poseen las más acendradas virtudes del pueblo y el escenario es, como en *El gusano*, un rico cortijo andaluz. En esta ocasión, Rueda narra unos sucesos que acontecieron “hará cosa de tres años” y que transcurren a lo largo de una semana. La novela se escribe por la petición de D. Leopoldo, quien le dice a Rueda que debería “cantar aquella hazaña”.

Nuestro novelista presenta en estas tres obras amores problemáticos, con trabas. En *El gusano de luz*, hay desigualdad de años y conflicto de parentesco, pero triunfa el amor porque sus personajes son débiles y apasionados y porque este sentimiento universal es una fuerza cósmica que a todo se sobrepone. En esta obra, el amor se presenta más complejo, pues se ofrece desde diferentes perspectivas y está relacionado con ciertos rasgos naturalistas que veremos a continuación. El narrador omnisciente insiste en la aberración y espantoso contraste del amor de sus personajes por la diferencia de edad. D. Sebastián, el cortijero, el más reflexivo de todos, incide en el horror que experimenta por la pasión monstruosa que siente, no por los años de ambos, sino por el parentesco que les une; y la muchacha, Concha, afronta el enamoramiento con total naturalidad, sin el menor asomo de malicia, lo que facilita que este sentimiento prospere. El tópico del *senex amans*, que hizo las delicias de la literatura cómica en el pasado, no es abordado por Rueda desde una perspectiva satírica. En el siglo XIX, se prefirió la variante más benigna, alejando el ridículo que la literatura anterior había cernido sobre el viejo enamorado. En concreto, el tío Sebastián no fracasa estrepitosamente, pues no hay rechazo por parte de la muchacha ni rivalidad con otro galán más joven. Desde el principio, aunque casi sin saberlo los propios amantes, hay una insólita correspondencia, que se completa por parte del viejo con un deseo de protección, un ofrecimiento de riquezas y mucha ternura. El cortijero es una persona respetada en el contorno y es sensible, no retratándose, en ningún momento, como un ser ridículo.

En *La reja*, el amor es imposible por la oposición paterna, pues el tío Justo es muy avaricioso y antepone a la felicidad de la hija las peluconas que piensa ganar con su boda. La novela se inicia con un encuentro amoroso secreto y concluye con una boda también secreta, pero solo para el padre; pues la madre de la muchacha y todo el pueblo saben o intuyen que va a haber un *sacorio*. Es un argumento muy trillado, poco original, débil. En *La gitana*, el impedimento momentáneo procede de la burla colectiva que urden los amigos de D. Leopoldo, todos señoritos de clase alta que quieren divertirse a costa de la joven gitana. Entre ellos, hay políticos, abogados, calaveras, sacerdotes... Y todos resultan burlados por la virtud de una

sola mujer. Es evidente la lección moral y la preferencia que Rueda deja aquí sentada por el pueblo, en un nuevo enfrentamiento entre naturaleza y civilización. En las dos últimas novelas, la victoria del amor verdadero lleva consigo el ridículo y, en consecuencia, la escena burlesca del resto de acosadores. En todas estas obras, los enamorados deben superar pruebas, oponerse a la familia, pasar por encima de principios morales básicos y, como premio, o para remediar males mayores, siempre se celebra una boda que marca el punto final de las historias. Es en ese preciso instante cuando Rueda concluye sus tres novelas, por supuesto, sin dar detalles de esa noche nupcial, pues se consideraba indecoroso.

En todas estas obras, el amor tiene lugar en pleno campo andaluz. Desde sus inicios literarios, Salvador Rueda dejó sentada su pasión por Andalucía y por la viveza de su colorido, donde se reflejan, en mayor o menor medida, sus usos y costumbres<sup>50</sup>. En 1893, escribía a Vicente Luque Gutiérrez y se preguntaba:

¿Qué cosa se me habrá quedado en el tintero de esa tierra, sin tratar de darle publicidad, encerrándola en una poesía o en cuadro de costumbres? [...] puede V. creer que así como se reproduce un paisaje en un vaso, en una copa, en un cristal, yo llevo, muy mimada y muy querida, una Andalucía chiquita copiada en la memoria<sup>51</sup>.

---

50. Él mismo aludió en 1908, en su poema "Auto-bio-crítica", a la orientación regional y andaluza de sus novelas, repetida hasta la saciedad por tantos escritores; al tiempo que resaltaba el claro componente lírico de su obra narrativa:

Por ti ha recorrido, ¡oh maestro!, mi forma  
de todos los géneros los círculos varios,  
la novela en que, prosa no vista,  
pintó tipos, vendimias y cánticos,  
el tesoro de luces, colores,  
melodías y líricos cuadros  
del poema andaluz, por cien plumas  
después repetidos y siempre imitados.

Vid. *Lenguas de fuego*, Madrid, Imp. de José Rueda, 1908, pág. 156.

51. Amparo Quiles Faz (ed.), *Salvador Rueda en sus cartas (1886-1933)*, Málaga, AEDILE, 2004, pág. 117, carta núm. 30. Fue publicada en *La Unión Mercantil*, 26-septiembre-1893.

Así, Concha y Sebastián experimentan la irreprimible fuerza del amor en un cortijo de la hoya malagueña, durante los meses de verano, en plena vendimia; Rosalía y Bernardo se oponen a la codicia e incompreensión del tío Justo en un imaginario Guedeja; y *Jaraga* y Mercedes se casan en una hacienda andaluza –no se sabe con certeza si malagueña o sevillana–, a la que el propio Salvador Rueda ha ido a descansar. Sus protagonistas son todos andaluces y, como tales hablan y se expresan, salvo los señoritos. La inspiración será siempre la misma: la tierra andaluza, con gran profusión de escenarios<sup>52</sup>. *El gusano* ofrece una variedad destacable de escenas de sabor andaluz. La mayoría de las costumbres tienen que ver con las faenas del campo: las fiestas en los lagares durante la vendimia; las formas de cortejar; la buenaventura; la elaboración del pan y del gazpacho en el cortijo; los juegos campesinos; la trilla, etc. Casi todas esas escenas campestres andaluzas están justificadas por la presencia de Concha, la protagonista. Recién llegada al cortijo, todo le sorprende. En consecuencia, desea saciar su voraz curiosidad con las costumbres campesinas que tanto le atraen. La crítica contemporánea, desde el momento en que apareció esta novela, coincidió en resaltar el perfecto retrato de la vida andaluza, adscribiéndola al regionalismo. Rafael Torromé advertía en *Revista Contemporánea* el despliegue del autor ante nuestros ojos de un cuadro “de admirable realidad”, pleno de bellísimas descripciones de la tierra y las costumbres andaluzas: “Leyendo las páginas de *El gusano de luz*, siéntese uno como deslumbrado, y el paisaje resalta con la brillantez de luz y la viveza de colores que ponía Fortuny en sus acuarelas”<sup>53</sup>. Y no hay que olvidar que Juan Valera destacaba, igualmente, la gracia y viveza con que eran pintadas las costumbres campesinas: “Nos creemos en el cortijo: sentimos, en su amasijo campestre, los acres efluvios de la levadura, y, durante la vendimia, el aroma del mosto

---

52. En una carta publicada en *La Unión Mercantil* (6-septiembre-1893, pág. 3), Rueda apuntada a su tierra como principal fuente inspiradora: “Otro año en el cual no tenga contraídos compromisos formales con empresas, iré a Málaga a hacer acopio de ambiente patrio y a traerles, para darles forma después, emociones de nuevos cuadros, de nuevos tipos, de nuevos paisajes y marinas”, *ibid.*, pág. 113, carta núm. 29.

53. *Revista Contemporánea*, art. cit., pág. 415.

que fermenta en las tinajas. Se diría que respiramos el ambiente del campo de Andalucía, impregnado en humedad salina del mar que está cerca”. Rafael Torromé calificaba la obra de “novela descriptiva”, siendo Rueda, en su opinión, un escritor sensible y hábil, teniendo fundamentos para ser el más vigoroso de los novelistas descriptivos del país. Incluso Pereda, tan acre en su respuesta de diciembre de 1888, solo veía positiva una cualidad de la novela: el elemento puramente colorista y regional, aunque su elogio complaciente escondía un nuevo ataque contra el Naturalismo:

Después de todo y como tenía que suceder por salirse el cuento de sus quicios, el interés de la novela no resulta donde V. quiere que resulte, sino en lo que da por accesorio, es decir en todo lo que es limpio en el libro, y no por limpio, sino por bien hecho, por fresco y muy a menudo por hermoso, como obra espontánea de las naturales dotes del novelista<sup>54</sup>.

En *La reja*, ya ha finalizado la vendimia, por lo que no aborda las costumbres propias de la viticultura, ya retratadas en *El gusano de luz* y que, al año siguiente, conformarían la materia poética de *Cantos de la vendimia*. Se centra en los ritos propios del cortejo amoroso (las visitas al pie de la ventana, la petición de mano, el *sacorio*, la parranda con sus coplas, la *porra aentro u porra afuera*); en las fiestas populares (las festividades patronales de la Virgen, las mayordomas vistiendo las andas de la Virgen, la procesión mariana, la Misa mayor, el fandango, el rosario de la aurora...) y en la descripción de las faenas marineras<sup>55</sup>. Pereda destacó de esta segunda novela la riqueza del colorido con el que lucían, por encima de todo, el paisaje, el sol, el ambiente que rodeaba a los personajes, levantando al cuadro por encima de lo vulgar y lo insignificante.

---

54. Enrique Sánchez Reyes, “Mementos de actualidad”, *art. cit.*, pág. 193.

55. En la carta que acompañó el ejemplar de *La reja* regalado a Pereda, Rueda le indicaba que, en su nueva novela, se había propuesto “hacer algo de tierra, algo de mar y algo de salsa española”. No se ha conservado esta epístola y lo poco que conocemos de su contenido se debe a las interesantes paráfrasis que de ella hizo el santanderino en su respuesta.

*La gitana*, sin embargo, pese a titularse *Novela andaluza*, es la menos regional de todas sus narraciones. Se la puede calificar de regionalista porque la acción transcurre en un cortijo andaluz y su protagonista es una gitana –sin olvidar que los personajes rurales hablan con rasgos lingüísticos propios del Mediodía–, y por unas pocas costumbres andaluzas que retrata: en el capítulo XI vemos a Mercedes echar las cartas a uno de los señoritos; y en el XXI se describe una auténtica zambra. En esta novela desaparece casi por completo el costumbrismo, aunque siga preponderando la descripción sobre la acción.

La naturaleza está presente en todas estas obras, declarándola en más de una ocasión el autor principal fuente inspiradora de su literatura. La naturaleza es retratada como telón de fondo de todas las tramas, donde se desarrolla o impide que fructifique el amor de los protagonistas. El campo que retrata es un campo limpio, saludable, vigoroso, poético. En la naturaleza, junto a la fresca sombra de los álamos, se consuma el amor entre Concha y su tío. En *La reja*, la naturaleza es una amiga que se alegra del triunfo del amor verdadero. Siempre que Bernardo, en secreto, va a visitar a Rosalía a los pies de su ventana, la naturaleza parece fundirse con los amantes y es fuente de gozo y de consuelo para todo aquel que la contempla. En *La gitana*, se nos dice cómo hay dos personajes muy apasionados de la naturaleza: D. Leopoldo, “el cual, por rendir a ella culto, pasaba grandes temporadas en el campo” (pág. 10) y el poeta Rueda, convertido en personaje literario de esta obra, a quien le “interesa más una hoja que tiembla que muchos corazones que palpiten” (pág. 135). En su última novela, la naturaleza está totalmente desligada de las costumbres rurales y aparece como titán, que ofrece una variedad profusa. Aquí, el malagueño la describe preferentemente como escenario, como experiencia vivida. La contemplación de la naturaleza le sirve para elaborar en el capítulo XV –“Fondo del cuadro”– un largo excursus cuasi filosófico, de orientación idealista, donde teoriza sobre el amor como fuerza cósmica que mueve el universo y donde se aprecia la inspiración de las mónadas de Leibniz: “en todo existe alma, espíritu que raciocina y siente” (pág. 167). En esta novela siempre resalta la fuerza y grandiosidad de la naturaleza ante la insignificancia del ser

humano; la belleza natural, comparable y superior a las más hermosas construcciones del hombre. La naturaleza, en un momento dado, llega a ser un gran templo, “un templo colosal y sublime”, donde las flores de jara son como un cáliz blanco con gotas de color púrpura; los zarzales recuerdan las espinas de la corona de Cristo, y las piedras de la sierra, “la gradería de un altar sagrado”. En *La gitana*, sin embargo, la naturaleza se aprecia más artificial, afectada y artificiosa. El capítulo XV tiene un doble interés, pues en él vertió Rueda parte de las ideas que, después, conformarían la materia teórica de *El ritmo*, publicada por entregas en *La Ilustración Ibérica* de julio a septiembre de 1893, pero esto, por sí sólo, daría pie a otra breve publicación.

He mencionado en varios momentos de mi intervención los rasgos naturalistas de *El gusano de luz*. Desde su aparición, la obra quedó adscrita al Naturalismo, lo que la crítica moderna ha seguido repitiendo. Sin embargo, en esta novela solo aparecen algunas de sus características y muy difuminadas<sup>56</sup>. Lo más “naturalista” de ella se relaciona con esa fuerza incontrolable del amor que unirá para siempre, y sin poder remediarlo, al tío Sebastián y a su sobrina Concha. Un amor, inapropiado por la diferencia de edad y por el parentesco de la pareja. Rueda ya lo advirtió en 1889: “trata de un caso extraño de enamoramiento”<sup>57</sup>, y algunos meses antes, en una carta dirigida a Menéndez Pelayo, explicaba al santanderino que en algunas escenas de la novela se trataba una aberración amorosa, pero justificaba el realismo extremado de algunos momentos por su deseo de querer retratar con total fidelidad un caso que realmente sucedió: “mi amor a la verdad del modelo me ha impedido descargarlas de color”. Todo

---

56. Los que han tratado de este aspecto son: José María de Cossío (selección y estudio), *Antología de escritores y artistas montañeses. José María de Pereda*, Santander, Imp. y Enc. La Moderna, 1957, vol. XLVIII; Walter T. Pattison, *El Naturalismo español. Historia externa de un movimiento literario*, Madrid, Gredos, 1969; Luis López Jiménez, *El Naturalismo y España. Valera frente a Zola*, Madrid, Alhambra, 1977. Solo Cristóbal Cuevas García ha hecho un análisis profundo de los rasgos naturalistas de *El gusano de luz*, concluyendo que su presencia es aislada y meramente exterior, siendo “casi punto de huida”. Vid. “Salvador Rueda y sus relaciones con el Naturalismo”, *art. cit.*

57. Amparo Quiles Faz (ed.), *Epistolario de Salvador Rueda, op. cit.*, pág. 71, carta núm. 27.

esto escandalizó por la ausencia absoluta del libre albedrío en los enamorados, por la anulación de raciocinio, de elección, sometidos los personajes a sus pasiones, lo que en modo alguno facilitaba el triunfo de la conciencia y de la moral del individuo. También acercan esta novela al Naturalismo, y en esta ocasión cito el magnífico estudio de C. Cuevas, “las reflexiones de Rueda –siempre escasas– acerca de la maldad humana y las injusticias sociales”<sup>58</sup>. De esta forma se justifican algunos pensamientos de Antonia, la fiel criada, o la presencia de los ladrones que asaltan de noche la casa del tío Sebastián. Pero esta primera novela se aleja del movimiento francés en muchos de sus presupuestos. El tratamiento del amor, aunque carnal y consumado, se aborda con respeto, digna y casi espiritualmente, desdeñando los detalles escabrosos y excesivamente explícitos. A Menéndez Pelayo le escribía Rueda en noviembre del 88 resumiendo la orientación de su obra y explicando implícitamente ese sensualismo, mal interpretado por sus coetáneos: “He querido hacer algo así como el canto de la *naturaleza-tierra* y de la *naturaleza-carne*, todo desenvuelto en medio de la vendimia andaluza y con olores y sabores a mi país”<sup>59</sup>. C. Cuevas señaló otros elementos que, en lo esencial, alejaban al malagueño de Zola: la alegría que se respira en la novela, con tantas fiestas y bromas campesinas; la cordura de los personajes, nada degenerados ni enfermizos (todo lo más, Concha parece tener la inteligencia en los sentidos y adolece de cierta melancolía romántica), personajes que sienten temor de Dios y que conversan de temas místicos; sus escenarios son casas limpias y campos luminosos; y su estilo, poético donde los haya, separa a Rueda de la prosa “cuidadosamente descuidada” puesta de moda por la secta francesa<sup>60</sup>. Ciertos rasgos naturalistas se aprecian también en sus otras dos novelas. En *La gitana*, en especial en el primer capítulo de la novela: “Camino de la sierra”, se describe Madrid como “la gran cloaca con fetidez

---

58. Vid. “Salvador Rueda y sus relaciones con el Naturalismo”, *art. cit.*, pág. 354.

59. Enrique Sánchez Reyes, “Mementos de actualidad”, *art. cit.*, pág. 202.

60. Cristóbal Cuevas, “Salvador Rueda y sus relaciones con el Naturalismo”, *art. cit.*, pág. 357.

de almas y conciencias podridas” y se menciona un trágico episodio protagonizado por unos presidiarios que envían al penal de Melilla y que coinciden en el mismo vagón donde viaja el poeta Salvador Rueda<sup>61</sup>. Y en *La reja*, su autor temía que el personaje de Anona disgustase a la crítica –pensaba especialmente en Pereda–, por su deformidad y sensualismo, aspecto al que alude el santanderino en la carta que le envió en abril de 1890<sup>62</sup>.

Otro aspecto a destacar es el de la estructura de *La gitana*. Con respecto a las anteriores novelas andaluzas, se aprecia en ésta un deseo de “complicar” o enriquecer la estructura narrativa, de suprimir la linealidad precedente. Salvador Rueda sigue siendo el narrador omnisciente de la historia relatada, pero ahora se incluye en la nómina de sus personajes. Se produce, por tanto, un desdoblamiento de su persona: en lugar preferente tenemos al Rueda novelista y, subordinado a él: el personaje Rueda poeta, que aparece con ciertos rasgos autobiográficos<sup>63</sup>. Hay también en la novela anticipaciones y retrocesos y, lo más destacado, continuos comentarios sobre la composición de la obra artística. En varias ocasiones teoriza sobre

---

61. Cuando el novelista habla de sus almas, las describe con un “fondo negruzco y con lúgubres humedades de sangre” (pág. 11). Y en su exterior el retrato es el que sigue: “varios hombres de mala catadura, no tanto por sus trajes, hechos trizas, como por las irregularidades de sus facciones: prominencias en sitios inopinados, labios de candilón, miradas con frialdades de acero; algo de la fisiología criminal que la ciencia moderna ha señalado como característico de la gente de pelo en pecho” (pág. 10).

62. “Teme usted que me disguste la gigante Anona por lo que tiene de sensual. Mal temido. Precisamente me disgusta por lo poco que, a pesar de su talla, se la ve en el libro. A mí no me asustan esas cosas en las de imaginación, como usted sabe. El arte tiene medios de sobra para presentar lo que en letras de molde no puede venderse sin receta, en dosis que no envenene, ni repugne, ni siquiera manche. Lo que no acepto, lo que condeno con toda mi alma, es que sobre un caso de esos de *higiene*, de histerismo sucio, se haga un libro entero con presunciones de obra de arte...”. Cfr. Enrique Sánchez Reyes, “Mementos de actualidad”, *art. cit.*, pág. 195.

63. Vivía en Madrid y había dejado atrás “la política, las discusiones, las veladas literarias, el Ateneo” (pág. 22) y, en contacto con la naturaleza, todo se había disipado: “Aquello había sido escamotearle a uno del cerebro ocho años de vida pasados en una ciudad de cuya existencia dudaba, como se duda de un sueño en el momento de despertar” (pág. 22). Alude también en una ocasión a su “célebre cual campestre lira”.

la obra literaria y aparece como pequeño dios de sus personajes, a quienes introduce y saca de la trama a su antojo<sup>64</sup>.

Otro rasgo que aleja a *La gitana* de sus anteriores novelas, aunque fuese de uso general entre los contemporáneos, es el empleo de excursos de diversa índole. Los hay de corte erudito: en “Ella por dentro”, al hablar de la raza gitana, y en “Apología de la guitarra”; de orientación metaliteraria –“Cazando rimas”–; filosófica –“Fondo del cuadro”–, etc. Pero lo que en otros autores podía estar más motivado o amalgamado de forma natural en la novela, en Rueda se percibe como materia artificiosa que interrumpe la natural fluidez de la trama y alarga innecesariamente la novela. Estos excursos complicaban la estructura novelesca, quizá buscando originalidad; pues solo en los supuestos de la raza gitana y la guitarra podía entreverse cierto refuerzo a la ambientación regionalista. En cualquier caso, eran capítulos prescindibles que, en nada facilitaban la comprensión, pero que hicieron de *La gitana* una novela extraña, forzada, de pretendida modernidad y algo narcisista. De todos estos excursos, son los metaliterarios los de mayor interés. Como Rueda es poeta en la ficción y le escribe versos a Mercedes, en más de un capítulo habla de poesía: buscando títulos y rimas que suele desechar, aludiendo a su ejercicio de escritor, comentando sus versos. Se nos presenta como poeta que se esfuerza en encontrar la expresión justa, la palabra, el ritmo y las sílabas apropiadas<sup>65</sup>. *La gitana* es, a su vez, la

---

64. En el capítulo VI –“Vista interior”–, cuando deja al primer pretendiente en la cocina, frente a Mercedes, con intención de declararse, dice: “Yo tengo que volver atrás en mi historia con el objeto de atender a su armonía y plan arquitectónico” (pág. 61). Necesita respetar la retórica y como no puede ir por donde le place ni dar un puntapié a la composición, debe completar el retrato interior y psicológico de sus personajes. Así, deja al pretendiente esperando e introduce tres nuevos capítulos: “Que espere *Nalgatorio*, que gordo está en demasía y no ha de venirle mal el plantón, y si se cansa que resople y se eche primero sobre un pie y luego sobre otro. No se pescan truchas a bragas enjutas: que haga méritos sosteniendo en equilibrio el bandullo, y aguarde a que me venga en deseo darle un empujón hacia Mercedes.” (pág. 62).

65. Un último comentario a este respecto: los poemas que el poeta Salvador Rueda escribe a la gitana son siempre sonetos, la primera vez que entra en sus novelas andaluzas este metro culto. Se contraponen todas las coplas populares y fla-

novela más “intelectual” de todas, por el numeroso cúmulo de citas culturalistas. Son frecuentes las referencias a la literatura clásica, a la mitología, a la Biblia, a Dante, Hugo, Larming..., citas que, en una “novela andaluza” desentonan y contribuyen a crear una atmósfera artificiosa y afectada.

Una vez apuntados algunos de los aspectos más destacables de estas novelas y sugeridas posibles vías de investigación, valoremos la evolución narrativa del primer Salvador Rueda. En sus inicios, se aprecia la misma inseguridad e idénticos retrocesos que en su lírica. En 1889 publicó *El gusano de luz*. Había empleado en la confección de su primera novela materiales de muy diversa procedencia. Partiendo de la indiscutible orientación realista, se había servido del costumbrismo y el regionalismo andaluces, no había desechado el sensualismo que tanto caracterizaba sus escritos, recordemos que así definía su novela, recientemente publicada, en una carta dirigida a Narciso Díaz de Escovar: “Antes de dar el libro a señoras, léelo tú por si acaso: trata de un caso extraño de enamoramiento; es un estudio de sensualismo”<sup>66</sup>; y había vertido en este molde algunos elementos naturalistas.

Las declaraciones de Pereda acerca de esta obra hicieron mella en el joven, pues el recién estrenado novelista abandonó el camino iniciado con *El gusano de luz*. Así, al año siguiente, publicaría dos nuevos títulos: *Granada y Sevilla*, libro de viajes “de colores brillantes”, para el que Pereda solo tendría palabras elogiosas, pues supuso una reafirmación del colorismo<sup>67</sup>; y su segunda novela: *La reja*, que solo mantendría los presupuestos descriptivos y costumbristas, sin abandonar el regionalismo. Tras la lectura de *La reja* –“que felizmente para V. está limpia de porquerías de esa clase” (pág. 195), le

---

mencas que el resto de los personajes, especialmente Mercedes, cantan y recitan durante la zambra de la novela.

66. Amparo Quiles Faz (ed.), *Epistolario de Salvador Rueda*, op. cit., pág. 71, carta núm. 27.

67. Aunque el santanderino le advierte que “de los libros pura y esencialmente descriptivos no puede abusarse; pues, por bellos que sean, a la corta o a la larga, llegan a fatigar”. Cfr. Enrique Sánchez Reyes, “Mementos de actualidad”, art. cit., pág. 194.

tranquilizaba Pereda—, el autor de *Sotileza* salió convencido de sus dotes de narrador colorista y contento por su abandono de las veleidades naturalistas: “*La reja* me gusta y no como quiere, sino mucho, muchísimo...” (pág. 195). Concluía la carta vaticinándole que llegaría muy lejos “si no se deja V. tentar del demonio de las *novedades*, de los resabios de *escuela*, y cae en el amaneramiento, que equivale a romperse la crisma” (pág. 196). Esta novela significaba la buena senda, a juicio del santanderino: “Ya sabe V. el camino: *La reja*; esa obra va precisamente hacia él. Amplio y dilatado es hasta lo interminable, y estímulos le adornan para todos los transeúntes *de buen andar*, como V., que además es joven, y aún mozo” (pág. 196). No debe extrañarnos, por tanto, que dos años después volviera a publicar otra “novela andaluza”: *La gitana* y que ninguna de ellas, al seguir sus consejos, fuese una narración demasiado lograda.

Pero la opinión adversa de Pereda marcó aún más profundamente a Rueda. En la segunda edición de *El gusano de luz*, en 1895, el novelista introdujo variantes de autor, que se perpetuaron en las sucesivas. Estimaba más las consideraciones de los “santones” de la literatura que la búsqueda de caminos narrativos renovadores y originales. Prefería seguir los dictados del maestro Pereda antes que escuchar su voz más íntima y personal. Si no lo hubiese sentido de este modo, no habría modificado pasajes, expresiones o capítulos de *El gusano de luz* seis años después de su publicación. No se conformó con retomar la senda del regionalismo en sus otras novelas: *La reja* y *La gitana*; sino que se cercioró de que desaparecían de su primera obra aquellos rasgos que movieron a Pereda a tildar *El gusano de luz* de obra pornográfica. Tras el estudio comparativo que realicé de todas las ediciones de su primera novela, con el fin de comprobar cómo influyó en el autor la recepción de su obra, llegué a conclusiones interesantes<sup>68</sup>. Las variantes más significativas pretendían difuminar el grado de sensualismo y determinismo de la obra y tenían relación con la entrega erótica de los protagonistas previa al matrimonio; con

---

68. Vid. María Isabel Jiménez Morales, “Notas de crítica textual a *El gusano de luz*, de Salvador Rueda”, en Salvador Montesa (ed.), *A zaga de tu huella. Homenaje al prof. Cristóbal Cuevas, op. cit.*, vol. II, págs. 33-49.

el amor desigual e incontrolable entre tío y sobrina; con el componente erótico y sensual de la joven o con alusiones excesivamente explícitas y carnales.

Con sus tres novelas andaluzas, Rueda fue perdiendo terreno en el panorama narrativo de fin de siglo. La mejor de estas obras fue, sin duda alguna, *El gusano de luz*. Pese a sus defectos, fue estudiada por más críticos, fue más leída por el público y presentó un mayor mestizaje literario, lo que implicaba más elaboración. Podría destacarse su estilo, altamente poético, cuidado y colorista y la habilidad de su autor en el retrato de la ambientación andaluza; adoleciendo de cierta debilidad en el trazo de los caracteres y de cierta prioridad de lo descriptivo. Estos defectos, perjudiciales en toda novela y achacables al carácter novel del autor, no fueron subsanados en sus posteriores creaciones, sino todo lo contrario: se agravaron en sus restantes novelas<sup>69</sup>. En *La reja* aparecían idénticas virtudes: estilo y colorismo, pero la trama argumental era aún más deficiente que en *El gusano de luz* por su excesiva simplicidad<sup>70</sup>, lo que conllevaba una pobreza mayor en el retrato de los personajes. Y en *La gitana*, aún se aprecia más el fracaso narrativo, pues la mayoría de los personajes secundarios son despachados con unos simples párrafos y el estilo resulta ser, en esta ocasión, afectado y superficial. Esta última novela alejó a Rueda, durante catorce años, de la narración extensa. Grande tuvo que ser la decepción del malagueño al ver que no se hacía hueco en el panorama narrativo de fin de siglo. El “ruidosísimo” triunfo que comunicaba por carta a Díaz de Escovar a principios de 1889 había degenerado, cuatro años después, con *La gitana*, en un rotundo fracaso y en un absoluto silencio crítico, pues esta tercera novela no tuvo reediciones y la única crítica extensa que sobre ella se publicó resultó ser del todo adversa.

---

69. Algo similar sucedía con su poesía, consagrada en su mayor parte a cantar las cosas, lo externo, la Naturaleza. Vid. J. A. Tamayo, “Salvador Rueda o el ritmo”, *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, 7 (1943), pág. 16.

70. Gabriel Ruiz de Almodóvar comentaba en *Salvador Rueda y sus obras* que *El gusano de luz* le parecía más interesante y “más novela que el noviazgo que sirve en *La reja* a modo de tallo artificial, en que el artista va poniendo verdaderas flores, delicadas poesías de la naturaleza” (pág. 34).

Como consecuencia, su autor excluyó a *La gitana* del canon de sus principales obras, como puede comprobarse en múltiples testimonios. Canon que, en enero de 1907, ya parece tener definitivamente forjado, a la espera de ir añadiendo tan solo las nuevas obras. En las cartas que el malagueño escribe a Emilio Suardi en esa fecha, abordando el proyecto de traducción de sus novelas, nunca mencionó *La gitana*, ni siquiera apareció en la lista de sus principales obras<sup>71</sup>. Como sucedería en las contraportadas de *Vaso de rocío* y *La procesión de la naturaleza* y en la Nota de *Lenguas de fuego* –todas, obras de 1908–, donde daba solo por escritas, entre sus novelas, *El gusano de luz*, *La reja* y *La cópula*<sup>72</sup>. El silencio y la indiferencia de los críticos debió sorprender al malagueño, que en modo alguno estaba habituado a esta nueva circunstancia. Más bien a todo lo contrario: a la polémica y a cierto toque escandaloso con cada nueva obra que publicaba<sup>73</sup>.

Como novelista, Salvador Rueda fue un escritor que pudo llegar a ser más de lo que consiguió. Las opiniones favorables de Pereda le hicieron mucho daño en su evolución narrativa, igual que *Clarín* fue, en opinión de C. Cuevas, el “gran desorientador” del Rueda poeta<sup>74</sup>. El malagueño fue un escritor desigual, de aciertos que precisamente conectaban con las corrientes literarias más modernas del momento. Siempre que iniciaba una nueva forma de escribir y que recibía críticas desfavorables por ello, retrocedía en obras sucesivas, casi

---

71. Amparo Quiles Faz (ed.), *Epistolario de Salvador Rueda*, op. cit., pág. 100, carta núm. 53. Al final de la escueta enumeración de sus novelas, comentaba: “Y otras que no recuerdo”.

72. Hasta 1906, en los libros de Rueda, solía aparecer, si así lo permitía el impresor, una relación de todas sus obras publicadas hasta ese momento. Siempre incluía *La gitana*. En las obras publicadas a partir de 1908, sin embargo, ya se excluía. Coincide este rechazo con todo tipo de testimonios: cartas, entrevistas...

73. En una carta sin fecha, pero probablemente redactada entre septiembre y noviembre de 1896, cuando estaba a punto de publicar su poema *Flora*, Rueda era consciente de que sus escritos solían levantar gran polvareda: “como todo lo mío” –confesaba a Narciso Díaz de Escovar– “levantará foyines, discusiones y demás jaleos literarios en grande que tanto me gustan”. Vid. Amparo Quiles Faz (ed.), *Epistolario de Salvador Rueda*, op. cit., pág. 85, carta núm. 39.

74. “Ensayo introductorio”, a Salvador Rueda. *Canciones y poemas. Antología de una obra poética*, op. cit., pág. XXXVI.

unánimemente hacia el costumbrismo, terreno que conocía bien y en el que parecía sentirse cómodo. No obstante, algo positivo se aprecia en estas novelas, además de lo ya expuesto: la continua búsqueda de nuevos caminos narrativos, que, aún en 1907, seguía explorando con su alma infatigable: “Tengo nuevos horizontes de teatro, novela y poesía lírica que recorrer”, escribía a Gregorio Martínez Sierra, director de *Renacimiento*<sup>75</sup>. Pese a su entusiasmo y vitalismo, no los encontró, aunque, ciertamente, fueron muchos sus proyectos narrativos. Falta de inspiración, cansancio, desorientación de la crítica o pertinacia en reformar la poesía castellana impidieron al malagueño materializar sus planes.

---

75. Amparo Quiles Faz (ed.), *Salvador Rueda en sus cartas (1886-1933)*, op. cit., 158, carta núm. 40.